

ALBUM LITERARIO

Un caso

Bravo Pierrot! gritaba complacido
el populacho, que de gusto escaso,
arrojaba sombreros al payaso,
al Gran Pierrot; de todo aplaudido.
Y aquel clown al sentir las

ovaciones
y los aplausos de la turba loca,
haciendo extrañas muecas con
la boca
se agitaba en grotescas contorsiones

Fingiendo gran torpeza daba
un salto
para alcanzar las cuerdas del
trapecio,
y frustrado el asalto,
al mirarlo tan alto,
insultaba al columpio con desprecio.

Del insondable y misterioso
abismo
de aquel vestido anchote y poli
cromo
sacaba, no sé cómo,
toda suerte de pitos y tambores,
que, asombrando a mil especta-
dores,
comenzaba a tocar a un tiempo
mismo.

Y el populacho alegre se reía;
jamás se divirtió como aquél día
con las gracias y muecas del
payaso;
y a la verdad que el caso
era para olvidar cualquiera pena,
porque nunca Pierrot tuvo más
vena.

Por eso cuando el puesto
cedió a los perros sabios y elefantes,
cuando el último gesto
hizo a los admirados circunstantes
y se fué, dando saltos, de repente,
hubo un loco entusiasmo, hubo
un deroche,
de aplausos... ciertamente
era Pierrot el héroe de esa noche.

No bien Polichinel llega adentro
sale un chico al encuentro
y le dice con voz conmovedora
en que una viva agitación se
vierte.:
señor, corra a su casa sin demora,
porque su anciana madre está a
la muerte.

Pierrot a nada mira;
el cuadro de su madre que ya
expira,

se le pone delante,
y angustiado, anhelante,
a la calle se lanza con presteza,
con su vestido lleno de colores,
atestados de pitos y tambores
y su gorro encarnado en la cabeza!

Con ruido extraño por la calle
oscura
resuenan las pisadas
de aquel hombre que, preso de

locura,
no advierte que le siguen las
miradas.
Pasan los trasnochados caminantes
y detienen sus pasos vacilantes
al ver esa figura estrafalaria,
ese raro fanteche,
que cruza por la calle solitaria
en esas altas horas de la noche.

Pierrot llega, y, al ver, tiembla
y vacila:
allí tendida sobre el viejo lecho,
a la luz de una lámpara que oscila,
con las manos cruzadas sobre el
pecho.

su madre está tranquila.
Y esa tranquilidad que en ella
advierte,
es la dulce ataraxia de la muerte!

Madre! exclama, y la pobre
viejecita
desmesuradamente abre los ojos,
los clava en ese rostro enharinado,
lleno de manchas y de tintes rojos,
y luego los entorna ¡pobrecita!
sin haber conocido a su hijo amado.

Siente Pierrot que tiemblan
sus rodillas;
rompe a llorar entonces sin
consuelo,
y aquel amargo llanto cae al suelo
arrastrando el carmín de sus
mejillas.

Sí, su madre se muere! Con
delirio
va a abrazar ese cuerpo que ya
tiene
la palidez exánime de un cirio,
y al echarle los brazos, interrumpen
el silencio solemne de esas horas
cruces,
las sonoras
voces de los alegres cascabeles!

Demetrio Fábrega

A la Venus de Milo

Oh, diosa de los áticos perfiles!
Oh, diosa de las curvas sosegadas!
quiero bajo las jónicas arcadas
cantarte el canto de los veinte
abrilés.

Dame la frialdad de los buriles
que idearon tus formas delicadas,
para, huyendo del mundo las
miradas,
del Himeto vagar por los pensiles.

Yo te amo más que a la de carne
tibia,
deidad que se resiste en su lascivia
a nuestro amor, trocándolo en
martirio.

Pues, si no puedes darme tus
abrazos,
tampoco tienes importunos brazos
que me impidan te abrace hasta
el delirio.

León A. Soto

A Mercedes

Tienes las curvaturas de las
estatuas
que en otros tiempos labraron
cinceles griegos;
y se mece tu taye recto y flexible;
con los rítmicos tumbos del
cocotero.

Tienes el suave tinte de las
visiones
que románticos bardos miran en
sueños;
y coronan tu frente de altiva reina,
abundantes guedejas de oscuro
pelo.

Cuando rizas, oh niña, los labios
rojos,
el marfil de tus dientes lanza
destellos;
y derrochas ternuras en tus
miradas
cuando tuerces graciosa los ojos
negros.

Octavio Valdés y Arce